

# A través del espejo

## Vida y poesía

Hugo Hiriart

*El que a hierro mata a hierro muere y  
el que a hierro no mata, a hierro también muere.*  
Simone Weil

En una carta, Nietzsche le pide a alguno de sus amigos que lea un libro suyo de un tirón, sin detenerse ni hacer pausas de meditación, en una sola sentada. Y sí, hay libros en que se pueden hacer con fruición largas inmersiones, suspender la lectura y volver a hacer pausados actos de buceo. *El otro proceso de Kafka*, ensayo largo o libro pequeño, de Elías Canetti, es libro de un solo trago, sin interrupciones.

Su asunto es una curiosa reflexión sobre las cartas que a lo largo de cinco años le escribió Kafka a su prometida Felice Bauer. Ese material le permitió a Canetti una primorosa investigación sobre las fuentes de creatividad de Kafka, una pormenorizada indagación, en un caso particular de origi-

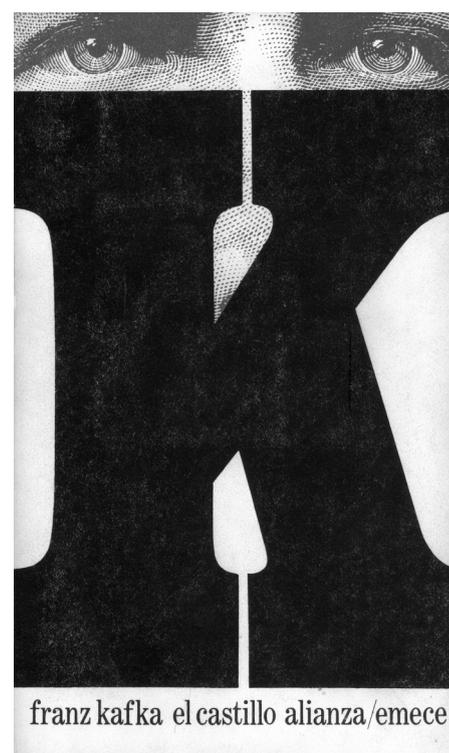
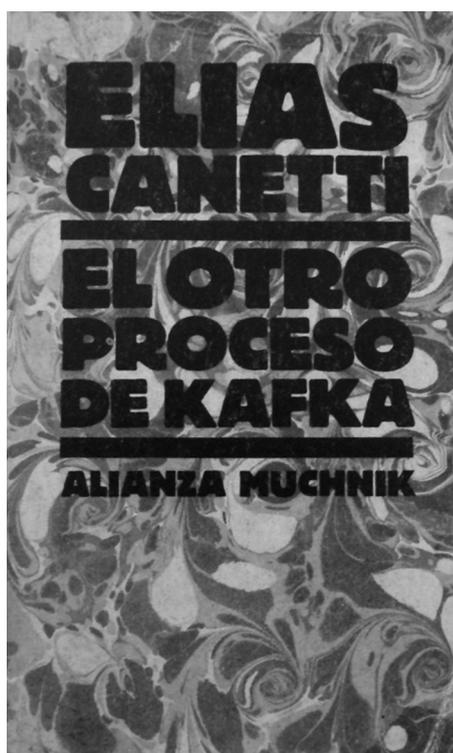
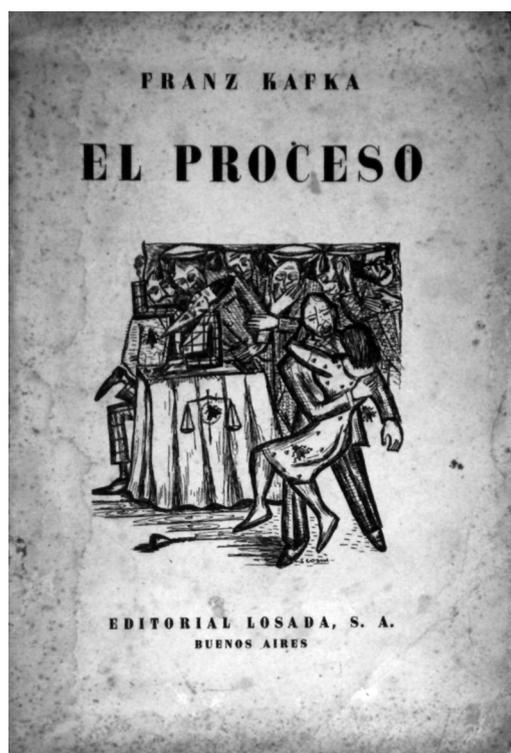
nalidad y genio, acerca de cómo se tocan la vida y la obra de un artista.

Al igual que en muchos otros casos de maravilla de poder de creación, Kafka logró trasladar sus horrores y sufrimientos de la turbiedad de su existencia cotidiana a la pureza y claridad de sus escritos; y así pasó de uno solo a muchos, o a todos, en un recóndito proceso de redención personal. Las palabras primordiales para entender este traslado, entre otras, son: *indecisión, flacura, poder, pequeñez, soledad, obstinación, humillación, cuerpo, secreto, minuciosidad, trabajo*; deben también mencionarse algunos animales: el perro, el topo, los insectos.

Canetti halla un centro desde donde ordenar los datos kafkianos: el poder, la noción de poder. “De todos los escritores”, dice, “Kafka es el mayor experto en materia de poder; lo ha vivido y configurado en cada uno de sus aspectos”. Especialmente

el poder ajeno sentido sobre él, como se transparenta en la *Carta al padre*. La seña particular de la personalidad de Kafka, se ha dicho, fue la renuncia a toda forma de poder. Es psicológicamente cierto, aunque biográficamente dudoso, porque Kafka era el Doctor Kafka, abogado con un puesto muy alto en la Compañía de Seguros contra Accidentes donde se desempeñaba como trabajador ejemplar. Kafka, como ha descubierto Gabriel Zaid fue, entre otras cosas, el primero en sugerir el uso de casco protector de los obreros.

Para acercarnos un poco a la entraña de la extraña relación de Kafka con el poder, recordemos uno de los modos más feroces del poder: el que se expresa en la *humillación*. Kafka era un experto en humillación —como, digamos Chejov era un experto en *fracaso*—; podemos decir que Kafka halló la delicada y angustiosa poesía que hay en



toda humillación. Rastrea Canetti este tema en sus obras primordiales y sentimos que tiene entre sus dedos el hilo que desanuda la madeja; porque, claro, en estos casos se produce un desencadenamiento de iluminaciones.

En una de sus cartas, Kafka afirma que el miedo y la indiferencia son sus “principales” sentimientos frente a otras personas; Canetti añade “si reflexionamos con un poco de valor, reconoceremos que nuestro mundo está dominado por el miedo y la indiferencia. Así pues; al expresarse sin miramientos, Kafka ha sido el primero en retratar a *este* mundo”.

Éste es uno de los pocos pasajes en que Canetti se deja ir al oprobio de las generalizaciones, pero por eso es bueno leer el libro en una sola sesión: para entender el peso de las acumulaciones precedentes y estar en posibilidad de entender lo que quiere decirnos. El libro de Canetti es difícil de filiar porque no ocurre en métodos ortodoxos de trabajo; por ejemplo: una de sus tareas es entender a una persona, entender la conducta de Kafka, y no recurrir nunca a la mitología psicoanalítica; ve-

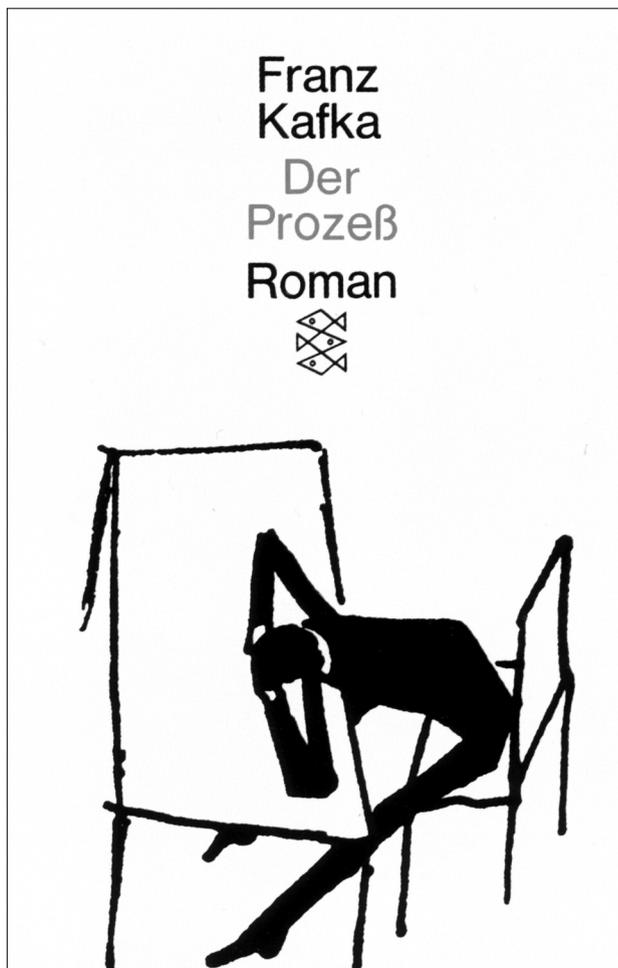
mos a Kafka, y por dentro, estamos en el inframundo de sus manías y lucubraciones, asistimos a sus vacilaciones y a la confusión de sus anhelos sin aparato conceptual patente ni latente, y nos decimos: “sí, así debió ser” o “cómo no lo había pensado antes”.

Pero, todo tiene su tradición: el trabajo de Canetti está cerca del Sartre que rascó el espíritu de Baudelaire hasta exponer sus proyectos vitales, aunque no tiene la ambición filosofante que hace hermoso —y, de paso, irreal— el mundo de Sartre. Canetti produce la impresión de actuar con suma libertad, de hacer lo que le da la gana, y con todo su libro es una maravilla de organización (la insistencia en volver a la escena en que Kafka conoce a Felice —la cena de la familia judía centroeuropea— tiene la calidad de un cuadro intimista holandés): nunca es obvio, se detiene a veces en amorosa abundancia de detalle y contemplación, avanza otras a largos trancos militares, calla e indica (como que las cartas constituyen un volumen de 750 páginas), nos lleva para aquí y para allá como todo buen cicerone existencialista; y aunque to-

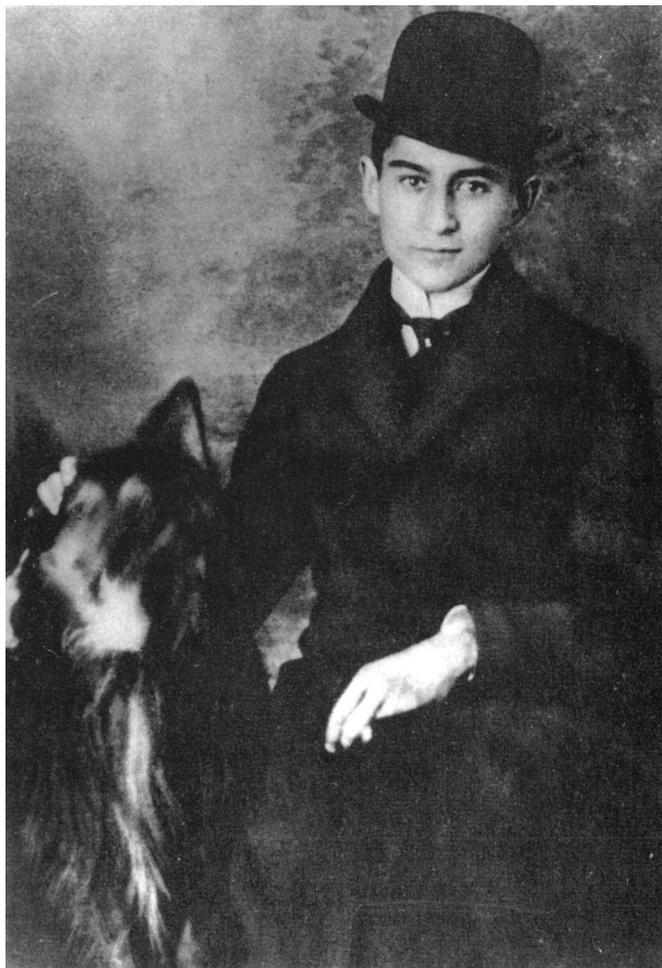
do lo que dice tiene un aire de cosa fresca e inusitada, y a que sabe aludir y hay que agradecerle que no estime sus lectores en calidad de seres tardos de inteligencia, nunca oscurece de mala fe sus textos ni enreda sus razones con abominables lenguajes de secta ni se anda con precisiones falsas, sino dice sus cosas con una claridad que llega a ser producto de una singular *obstinación* (dicho sea para emplear un vocablo fundamental de la ética del escritor).

Kafka rompió dos veces el compromiso con Felice. En la cultura judía hay divorcio sin dificultad, pero un compromiso de bodas no puede romperse. Kafka fue juzgado por un tribunal judío. El juicio fue severo con el renuente. Ahí está más claro que nunca cómo Kafka apreciaba el poder desde el lado de quien no lo tiene, *id est*, de la víctima, porque como resultado de ese juicio escribió *El proceso*, obra maestra del poder como coacción inexplicable.

Es evidente que no se precisa de ninguna “preparación” para leer este libro: todos hemos sufrido muchas veces el peso de estar sujetos a un poder tan inexplicable como inexorable. **u**



“Un hombre en la mesa” dibujo de Franz Kafka encontrado entre sus apuntes, 1905



Anónimo, *Franz Kafka*, 1906-1908